

UN SORPRENDENTE SECRETO DE FAMILIA, AHORA DESVELADO,
DISIPA LAS BRUMAS DEL MISTERIO DEL CRIMEN DE LOS GALINDOS.

JUAN MATEO
FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA



EL CRIMEN DE LOS GALINDOS

TODA LA VERDAD



JUAN MATEO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA

*El crimen de los Galindos:
toda la verdad*

© JUAN MATEO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA 2019

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2019

Primera edición: Noviembre de 2019

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Editorial Almuzara • Colección Sociedad Actual

Edición al cuidado de: ROSA GARCÍA PEREA

Director editorial: ANTONIO CUESTA

Conversión a epub: Rosa García Perea

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-18089-73-2

PRÓLOGO LA PUERTA

Escribir un libro no es nada fácil, habría que estar recluso de todo y de todos para poder contar todo lo que quieres, tal y como lo quieres contar. Pero hacerlo para narrar con objetividad lo que crees que ocurrió, en un asunto tan duro, tan cruelmente manipulado y después de tantos años de mentiras, todas contra los cinco asesinados que conocías bien... Cuesta trabajo tomar esta decisión y no pocas veces piensas en abandonarla, pues sabes que tendrás, sin duda, nuevos problemas. Intuyes que abrirás una puerta a un mundo desconocido de críticas, algunos verán ofensas donde no las quiero y demandarán salvar el honor de sus familiares ya fallecidos en el tiempo. Sin embargo, yo no pretendo ofender a nadie en estos relatos. Es mi imaginación la que todavía vuela por donde yo paseaba desde niño, la que sigue hablando por aquel soleado patio con aquellas personas entrañables y buenas. Ellos son los que me cuentan desde allí, como ocurrió todo y, sin embargo, yo quiero creer que es fruto de mi discurrir, pensando incansablemente hasta encajar la tragedia.

Yo los conocía, para mí, algunos eran mis amigos, sé cómo eran, como reían; recuerdo sus besos, sus fuertes abrazos. Pero ahora los veo decirme con insistencia que necesitan que abra esa puerta para su eterno reposo. Saben que es una puerta pesada, pero todos ellos están siempre esperándome allí mismo, junto a ella, dispuestos y decididos a ayudarme con todas sus fuerzas a empujarla.

Por fin después de tantos años entre los seis vamos a abrirla con este relato, y los familiares vivos sentirán el aire fresco que les trae su decisión y empuje. Esa corriente de

aire se irá transformando rápidamente en un vendaval que volará, para perderlos en el mar, todos esos escritos de calumnias y falsedades que durante cuarenta y cinco años han sido un auténtico martirio para todos los familiares y vecinos de ese pueblo blanco tan bonito, ese que la historia manchó de rojo fuerte con el nombre del cortijo. En esta terrible historia, que tan desgraciadamente se basa en los hechos reales, intento contar mi verdad, la que he vivido y sentido. Solo busco el agradecimiento de ellos; el de Juanita y el de Zapata, el de Ramón, el de José y el de su querida y joven esposa, Asunción. Ahora, que más allá de la puerta, descansen en su merecida paz.

INTRODUCCIÓN

El 10 de abril de 2015 en el Hospital Infanta Luisa de la ciudad de Sevilla, fallecía, a la edad de noventa y siete años, el Marqués de Valparaíso y Marqués de Grañina, Gonzalo Fernández de Córdoba y Topete, mi padre.

A raíz de su muerte y al dar yo mismo la noticia a mi madre, en una mañana de tensión, me revela algo hasta entonces desconocido para mí sobre el crimen de Los Galindos, algo que pasó inadvertido, que es clave y que desde entonces me empuja obsesivamente a discurrir sobre el tema y a replantearlo hasta encajar todo lo ocurrido.

Soy Juan Mateo Fernández de Córdoba y Delgado, tercer hijo de los marqueses de Grañina y de Valparaíso, nací en Sevilla en 1960 en el seno de una familia de clase acomodada. En este libro cuento todo lo discurrido en una visión objetiva y personal de los hechos, que solo tiene por objeto ayudar a esclarecer la verdad.

1. EL CRIMEN DE LOS GALINDOS

El día 22 de Julio de 1975 en el cortijo de Los Galindos, situado en el término de Paradas, un pequeño pueblo de Sevilla, se cometió un crimen múltiple en el que asesinaron a cinco personas, tres trabajadores y las mujeres de dos de ellos. Unos murieron golpeados con una barra de hierro de una pieza de una máquina agrícola y otros por los disparos de una escopeta de caza con un percutor roto. Este quintuple crimen tan aterrador, pero a la vez tan «chapucero», nunca se ha aclarado, a pesar de haber sido investigado

con intensidad durante decenas de años por la Guardia Civil y por la Policía Judicial. Como consecuencia de la torpe y desgraciada investigación, tras haber prescrito y después de más de cuarenta años, los culpables, hoy en día, han quedado definitivamente impunes.

Los hechos que han quedado en «la historia» y que se relatan son los siguientes:

En aquel día de julio, en el cortijo de Los Galindos, con un calor seco, bochornoso y tórrido, y con el termómetro superando los cincuenta grados, los jornaleros limpiaban los olivos de un gran cerro de la finca, el conocido como Cerro de Los Frailes o Cerro Gordo. Era la hora de dejar la faena y todo aparecía con la misma normalidad cotidiana. Cuando tuvieron a la vista el caserío del cortijo vieron que desde él se levantaba una columna de humo; había fuego en el pajar del cobertizo. Todos comenzaron a gritar ¡fuego! ¡fuego!, y se apresuraron a llegar para ayudar en su extinción. Pero al llegar a la hacienda todos se sorprendieron; nadie estaba apagando aquel incendio, por lo que inmediatamente echaron en falta al encargado Manuel Zapata y a los dos tractoristas José González y Ramón Parrilla. El jornalero que fue a buscarlos al caserío llegó atacado de los nervios gritando:

—¡¡No hay nadie y hay mucha sangre por todos lados!!

Rápidamente uno de los trabajadores salió, en su moto, en dirección al pueblo para avisar a la Guardia Civil. Los demás siguieron intentando sofocar el incendio. Con mucha dificultad al principio y con la ayuda del coche de bomberos, finalmente consiguieron extinguir el incendio y allí, horrorizados, descubrieron el cuerpo calcinado de uno de los tractoristas. Era José González. Inmediatamente supusieron que era él por haber encontrado también a escasos metros, tiradas en el suelo, sus inconfundibles gafas, y junto a su cadáver, se encontró otro cuerpo que fue identificado como el de Asunción, su mujer. Más tarde se supo que José había dejado esa misma tarde su trabajo en el cortijo para

recoger a Asunción en su casa de Paradas y, extrañamente, volver con ella a la finca, donde hacía muchos años que la mujer no iba. Ninguno de los dos podía sospechar que un destino cruel y fatal les aguardaba en el cortijo.

El cabo Raúl Fernández era el comandante de puesto del cuartelillo de la Guardia Civil de Paradas. Al llegar el trabajador y contar lo visto, asumió su responsabilidad de inmediato y con otro guardia se apresuró a coger una moto para ir a toda velocidad al cortijo de Los Galindos. En el caserío le esperaba, tal y como le correspondía, tomar unas decisiones fundamentales para esclarecer todo lo sucedido, pues era él, al mando de todo, el que tenía que llevar inicialmente la investigación.

Cuando llegaron al caserío encontraron en el patio un reguero de sangre que lo iba cruzando casi en línea recta, de punta a punta, desde la sala de máquinas, donde se repostaban y guardaban los tractores, hasta la entrada de la casa del encargado Manuel Zapata y desde allí, cancela adelante, aquel rastro ensangrentado partía del caserío y salía en dirección por el camino de entrada hacia la carretera. En el suelo y en las paredes de la entrada de la casa de Zapata había mucha sangre, en la pared se veían las marcas de manos ensangrentadas, a primera vista parecía que alguien herido quiso salir de aquella casa, pero observándolo con detenimiento, todo aquello indicaba que, en realidad, alguien herido gravemente intentó entrar, pero la puerta estaba cerrada con un candado que se lo impidió y al girar para darse la vuelta se ayudó, sujetándose como pudo con la pared, dejándola marcada con las huellas de sus manos bañadas de sangre. Cuando días más tarde vi la imagen de esa pared, blanca de cal, entera salpicada, ensangrentada y estampada con esas manos de sangre, me impresionó tanto que nunca lo podré olvidar. Me horroricé al verla. La misma impresión le debió causar al cabo y sus acompañantes. La puerta, estaba cerrada con un candado que solía poner Zapata cuando se ausentaba con su mujer Juanita, para ir al

pueblo o para dar un paseo juntos por el campo. La llave de este candado solía estar, siempre colgada, en aquel pasillo de acceso a la casa, en la alcajata que soportaba un cuadrado que había a la izquierda, justo antes de la puerta de entrada.

El cabo no lo dudó; avisó a todos que se apartaran y disparó su pistola deshaciendo en pedazos el pequeño candado. Aquello fue, por su parte, el comienzo de la destrucción de las pruebas, pero aún no se imaginaba qué terribles imágenes debería ver. Nada más abrir la puerta de aquella casa se escapó entre sus pies, chillando sin parar Tundra, la perrita de Zapata, que se perdió corriendo y aullando alocada por el caserío como alma que lleva el diablo. Había estado demasiado tiempo encerrada allí en la casa, y por todo lo que había visto y sufrido y por el estruendo del disparo, había salido enloquecida a toda carrera chillando sin parar por el patio del cortijo. Todos los allí presentes acongojados por todo lo visto, después estremecidos por el disparo no se esperaban aquel chillido de la perra que se colaba entre sus piernas, y se llevaron un gran sobresalto, un susto que jamás olvidarían. Pero aquello no era más que el preámbulo del auténtico terror; al entrar en el salón descubrieron, horrorizados, un descomunal charco de sangre y una gran huella ensangrentada, era un enorme y ancho brochazo de sangre dibujado en el suelo que desde este charco y en dirección al dormitorio principal se perdía por debajo de la puerta, la cual también estaba cerrada con llave. Este reguero estaba sin duda producido por el arrastre de un cuerpo sangrante. Sin embargo, antes de llegar a la puerta cerrada, la huella se transformaba en grandes goterones de sangre. Según dijo posteriormente el forense, aquello inequívocamente indicaba que el cuerpo, después de que inicialmente fuera arrastrado por alguien, repentinamente, se elevó en vertical, de ahí los grandes goterones, y se llevó para adentro de la habitación ya entre dos personas.

El cabo no se lo pensó dos veces y abrió la puerta, esta vez de una patada, descubriendo todos, aterrados, el cadáver de Juanita, la mujer de Zapata, que estaba entre las dos camas, recostada y torcida boca arriba, en un abarquillado colchón, como si la hubieran querido y no podido recostar en su cama y se les hubiera escurrido casi al suelo. Se mostraba con el cráneo destrozado, completamente desfigurada y también advirtieron que su cara, casi irreconocible, estaba extrañamente limpia, como «lavada».

El cabo al retroceder aterrorizado dejó paso a sus acompañantes curiosos de saber lo ocurrido y, tras contemplar la espantosa escena, salían horrorizados y otros volvían a entrar.

La noticia voló por todo el pequeño pueblo de Paradas y de allí, sin parar, iban llegando, en todo tipo de vehículos, curiosos de todas clases, deseosos de ser testigos de aquella aberración, de haber contemplado la escena del crimen, sin saber aún que sería, trágicamente, el crimen más «famoso» de la historia de Andalucía.

Por orden del cabo, comenzaron todos los allí presentes a buscar a Zapata porque, aunque debería, no estaba en la casa. Pero tampoco aparecía por el caserío. Creyendo que darían con él, siguieron el enorme rastro de sangre que desde la entrada de la casa se dirigía hasta el camino del pueblo, pero al acabar aquel reguero de sangre, en la cuneta, tapado por abundante paja, encontraron un cuerpo, que no era el suyo sino el del otro tractorista; era el cadáver desangrado de Ramón Parrilla, quien, a mala hora, apareció por el lugar del crimen para arreglar la puesta en marcha del tractor y repostar gasoil, después de ir a una finca vecina a llenar una cisterna de agua para regar los plántones de olivos.

Por desgracia, Ramón al llegar a la sala de máquinas se encontró al asesino esperándole con la escopeta de caza de Zapata y recibió de este un disparo de perdigones. Fue un tiro a bocajarro, que le rompió los dos brazos y le hirió

en la cara. Al ver que sin remedio le iban a disparar a corta distancia, intentó protegerse tapándose la cara con los brazos. Después de sufrir el disparo, y comprendiendo que el asesino ya lo iba a rematar, saltó del tractor y huyó cruzando el patio del caserío, dejando en su huida un gran reguero de sangre, que en paralelo chorreaban de cada brazo. Iba buscando socorro a la casa del encargado, Manuel Zapata, donde al encontrar la puerta cerrada con el candado, giró y salió lo más deprisa que pudo hacia el camino de salida del caserío, iba buscando auxilio extremo. Detrás iba su asesino cargando y disparando la escopeta de cartuchos, pero el recorrido se hizo imposible para el desgraciado Ramón, y cayó sin fuerzas a unos cien metros, cerca de la cuneta. El asesino le dio alcance y lo remató de otro tiro por la espalda. Para ocultarlo, lo volcó a la cuneta y lo cubrió bien de paja que sacó de los cercanos y grandes «hilos» dejados por la cosechadora de trigo.

Pero ¿y Zapata? El cabo Raúl Fernández ordenó, que todos los presentes, se dedicaran a buscarlo. En tanto, comenzó a llegar gente del pueblo alertada por el incendio y por las noticias de un crimen.

En aquel desconcierto, algunas voces alertaron desde el cobertizo —en buena parte usado de pajar y que estaba todavía ardiendo—, que los que estaban intentando su extinción habían encontrado algo extraño; entre las cenizas del incendio aparecieron los restos carbonizados de dos cuerpos más. Inexplicablemente y a pocos metros antes de llegar al cobertizo donde ardían las pacas, se habían encontrado las inconfundibles gafas de «culo de botella» de José González, por esto se supuso, acertadamente en aquel momento, que era el cadáver del otro tractorista y más tarde que el otro cuerpo, que yacía calcinado pegado a este, era el de su mujer: Asunción Peralta.

Pronto se supo que apenas una hora antes habían salido los dos de su casa del pueblo en su coche, un Seat 600 de color crema propiedad de José, pero todos advirtieron que

al llegar lo dejaron, sin ninguna lógica, sin aparcar, con aquel horrible calor, a pleno sol, en mitad de la explanada, cerca del cobertizo y a pocos metros de su sitio habitual; un árbol que él mismo cuidaba recortando un hueco de follaje, para conseguir una gran sombra y que por la tarde, en verano, no encontrara su coche achicharrando.

El cabo se convenció desde primera hora que si Zapata no estaba en el caserío era porque había huido para evitar su detención y que por tanto era el culpable. Reforzó su rápida hipótesis el hecho de que, en mitad de la explanada, frente al pajar y sobre el asiento del copiloto del Seat 600 «abandonado» allí y propiedad de José González, se encontrara el arma homicida, la escopeta de cartuchos de calibre 12 propiedad de Manuel Zapata. El cabo abrió la puerta del coche y otra vez sin tomar huellas, cogió la escopeta y comprobó al manipularla que aún tenía en uno de sus cañones un cartucho «entero», sin disparar, aunque estaba «picado», pues el defectuoso percutor derecho estaba flojo y solo podía disparar con el izquierdo. Allí mismo, los trabajadores, sin temor a duda, le confirmaron que la escopeta era de Manuel Zapata. Para el cabo Fernández todo aquello estaba claro. Había sido el dueño del arma el que posiblemente, con aquel tremendo calor y en un ataque de locura, había matado a su mujer y a Ramón Parrilla y cuando llegaron del pueblo también a José y a su mujer Asunción. El cabo Raúl Fernández había decidido ya que el asesino era Manuel Zapata. De esta manera, el capataz fue casi inmediatamente «condenado».

En poco tiempo el caserío se llenó de una multitud de curiosos que, más que no ayudar en nada, pisaban, tocaban y destruían sin conocimiento huellas y pruebas que hubieran sido precisas para la investigación. Pero ¿qué importaba? Según el cabo, Zapata era el asesino y fue casi inmediatamente «culpado» por todos los que vieron, horrorizados, aquel «dantesco espectáculo».

Con todo, lo más chocante fue que TVE se presentó esa

misma tarde-noche y, para preparar la grabación dentro de la casa, los mismos reporteros y guardias civiles decidieron limpiar todo aquello, dejando algo de sangre, pero no tanta, porque podría afectar a los televidentes, adecentando además la habitación, ordenando los colchones y colocando encima, para que se viera bien, el «pajarito», la otra arma homicida, de la que previamente tampoco se recogieron —¡claro está, para qué!— huellas antes de manipularla y manosearla.

Tan solo quedaba por aclarar por qué José fue al pueblo a por su mujer y al llegar juntos en su coche, ambos fueron asesinados y quemados en el pajar. Al ver la cara «lavada» de Juanita supusieron que Asunción, que no pintaba nada en la escena del crimen, fue recogida en su casa del pueblo por su marido para curar a Juanita, a la que lavó y limpió la cara pero, de todas formas, y fuera como fuere, todo aquel embrollo lo aclararía y lo confesaría Zapata cuando fuera preso y declarara en el cuartel.

Lo cierto es que Zapata, al que durante días y por toda España se buscaba vivo, fue según el forense, y según su autopsia de días más tarde, el primero en morir e incomprensiblemente fue encontrado al tercer día de la misma forma que apareció Ramón, cubierto por un montón de paja, debajo de uno de los olivos sueltos decorativos que recogían el camino que bordeaba el caserío, cerca de la tapia trasera. Esta vez, aquel cuerpo apareció en el lado opuesto del caserío, debajo de aquel olivo y muy cerca de la puerta de salida al campo de la sala de máquinas.

Fue su perrita «Tundra» la que dio con él, aquella misma que estaba encerrada en su casa, la que escarbó sin cesar entre la engorrosa paja hasta conseguir destapar los pies de su amo y allí se quedó esperando, hasta que un guardia civil, haciendo la ronda al caserío, la vio siempre en ese mismo sitio, hasta que por fin se fijó y descubrió que a su lado, en aquel montón de paja que tantas veces había visto, sin prestar demasiada atención, ahora salían unos pies

con sus botines. Eran las once de la mañana del tercer día 25 de julio. Había aparecido el cuerpo sin vida de Zapata. Estaba boca abajo, cubierto por un trozo de gruesa lona de plástico y por abundante paja, con las piernas como cruzadas y encogidas, con un fuerte golpe que le había roto el cráneo por la cervical.

Parecía que aquella pequeña perrita dejara por «tontos» a todos los que habían estado buscando durante días a Manuel Zapata vivo o muerto, aunque esto último pareciera «poco probable».

Aquello convulsionó y dio un giro a todas las noticias y cambió toda la investigación, si es que, hasta ese momento, verdaderamente, existió alguna.

Ahora resultaba que después de tres días, Zapata ya no era el asesino sino, según el forense, fue la primera de las víctimas. Lo mataron de un gran golpe por la espalda, seguramente mientras hablaba sentado en una silla con las piernas cruzadas. Pero lo peor de todo fue que con tanta gente, durante tantos días, buscando y yendo a curiosear por todos lados, se habían manipulado y destruido, queriendo o sin querer, todas o casi todas las pruebas y tampoco existiría ya la fundamental declaración del único sospechoso, pues había aparecido muerto. Al parecer, sin haberlo planeado nadie, el culpable o los culpables de aquella masacre podrían haber borrado sus propias huellas y las pruebas condenatorias. Sea como fuere, lo cierto es que el asesino y sus cómplices, o «ayudantes», se encontraron por la torpeza del cabo Raúl Fernández y con esta inesperada «ayuda», de todos los curiosos, para escapar de la acción de la Justicia.

2. MÁS DE CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Es difícil escribir para relatar lo que quizás me debería callar, que sería lo más fácil, pero no puedo, tengo que contar lo investigado y descubierto, principalmente por los familiares de las víctimas, todas ellas inocentes. ¡Cómo dejar asentadas en la historia las falsedades que se han dicho sobre estas nobles personas! ¡Cómo no escribir para aclarar lo que sucedió, limpiar de infamias los nombres de los asesinados inocentemente y acabar con tanta absurda mentira! ¡Contar lo que nadie sabe!

Pero para entender bien lo que ocurrió hay que adentrarse en aquella época y considerar que los pocos medios que entonces existían fueron desbordados por el brutal acontecimiento. También habría que profundizar más en el conocimiento de los infortunados asesinados y, sobre todo, en los personajes que tuvieron algo que ver, aunque no parecieran estar involucrados.

Me extenderé irremediablemente al explicar aquellos momentos vividos, aquellas experiencias, las personas asesinadas, aquellas gentes, lugares, las teorías, la investigación, las consecuencias..., hasta llegar a encajarlo todo; cómo sucedió, cual fue el móvil y que motivos hubo para provocar aquel desgraciado y terrible suceso.

Empezaré por decir que en aquella época y en aquel régimen, gustaba resolver todos los sucesos graves rápidamente, a veces de la forma que fuera, pasar página, sobre todo ocultar o callar los escándalos. También hay que resaltar una serie de circunstancias y hechos que se dejaron olvidados, a los que no se les dio ninguna importancia. Nadie se paró a pensar en ello y allí estaban las claves.

¿Existe el crimen perfecto? Esta es la pregunta que du-